

Foschiatti, Marco Antonio

La Misa de Requiem: lugar teológico para experimentar el amor

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Foschiatti, Marco A. “La Misa de Requiem : lugar teológico para experimentar el amor ” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/misa-requiem-lugar-teologico.pdf> [Fecha de consulta:]

La Misa de Requiem: lugar teológico para experimentar el amor

Introducción:

En la ponencia trataré de acercarme al misterio del amor desde la experiencia estética, literaria y musical, que se refleja en los textos litúrgicos de la Misa de *Requiem*, una de las obras de arte de la eucología romana, enriquecida por la figura de la tierna humanidad de Cristo en el medioevo.

El amor, como podemos a veces experimentar, consiste en un éxtasis vivificante; vivir en el gozo del amado. La muerte es un éxtasis al vacío; un descenso a las sombras, al silencio de la ruptura de todo amor.

La muerte es una salida hacia la pasividad y el vacío; una realidad que llevamos en nuestra condición de finitud y ante la cual nos rebelamos. De allí la lucha espiritual que expresa toda Misa de *Requiem*: el dejarse llevar, inexorable, por la corriente del no-ser que nos anega; la perspectiva del juicio. La tierra a la cual retornamos. No obstante se encuentra otro movimiento sublime: la memoria. *Recordare* (*Liber usualis* 1811) clama el alma al Bello Pastor.

El *Requiem* se transforma en un drama de amor entre el alma amada y el amante. El amante es Jesucristo, que se ha dejado herir en su *eros*, sediento de la respuesta de su amada. El *eros-agape* de Jesucristo, su amor entregado, anonadado hasta los más oscuros abismos de la soledad, puede crear un camino, en donde el amor ilumina y vence toda muerte. En Jesucristo se vive el *admirabile commercium*¹ entre amor y ruptura, muerte y Vida.

En esta ponencia trataré de iluminar este drama con textos de Hans Urs von Balthasar, preferentemente, desde su obra *Misterio Pascual: teología de los tres días*.

Me referiré al aspecto trinitario de la muerte como “*entrega de la vida*” desde la Teodramática.

“El todo lo creo para que subsistiera”

Un lugar teológico para adentrarse en el misterio de la muerte es la Misa de *Requiem*, con todos los registros, matices y aperturas sonoras de los grandes artistas. La hondura del modo gregoriano, el solemne modo octavo, el llamado a la seriedad con las cosas y con la propia existencia del “*Libera me Dómine*” (*Liber usualis* 1766); así como la luz pascual que respira el “*In paradisum*” (1768).

Hablar de *Requiem* es hablar de Mozart: desde la batalla en que nos sumerge la tuba hasta la dulcísima melancolía, el sereno ocultamiento de la vida, que nos sugiere su “*Lacrimosa Dies irae*” (1812).

El *Requiem* luminoso y angélico de Fauré, en el cual, el genio del romanticismo francés, contempla la muerte casi desde la mirada de la Trinidad y de los ángeles. Su *Requiem* es el más “*cristiano*” de todos, en cuánto que atestigua el drama del morir como aquello que ha sido ya superado por la Vida del piadoso Jesús a quién pedimos su misericordia: *Pie Iesu Dómine, dona eis réquiem* (1813).

El *Requiem* de Fauré -no sé si el gran músico francés tenía esto presente- es la concreción en melodía del texto del Apocalipsis que nos habla del Dios que enjuga toda lágrima de su creatura en la fiesta de su Bienaventuranza.

Pasando por el *temblor* operístico de Verdi compuesto para su amigo el gran Alejandro Manzoni. Más cercano a nosotros: el místico de Duruflé y el desgarrador -sobre todo en su *Lacrimosa*- del compositor polaco Zbigniew Preisner. Nos quedarían Zelenka, Dvorak, Bruckner, Arvo Pärt...

Los textos y las melodías de la Misa de *Requiem* son un meollo de sabiduría existencial. Desgarro, unción, súplica, rebelión. Entrega confiada y amorosa en el Buen Pastor que nos busca. Herida del pecado, temblor ante el Juicio, ausencia de méritos. Por otro parte, salvación que siempre es gracia –*Rex tremende majestatis qui salvandos salvos gratis*- y luz. Plenitud de bendición prometida a la semilla de Abraham, como lo refiere ese texto único en su estilo -dentro de la liturgia romana- el ofertorio *Domine Iesu Christe, Rex Gloriam* (1813). Todo ello se concentra en el drama teológico de la Misa de *Requiem*. Pero, incluso en el *Requiem* más desolado, siempre triunfa la Luz...siempre se sugiere la puerta abierta de la Nueva Jerusalén, en donde los ángeles y los mártires nos salen al encuentro.

El drama de la Misa de *Requiem* culmina felizmente en el encuentro y la comunión. Cristo es quién ha caminado, padecido, fue muerto y devorado por el abismo, para que la oveja perdida retorne a los pastos de Vida. Es Él quién nos lleva en sus hombros más allá de las sombras oscuras. Es el encuentro con Él lo que nos vivifica. Es el abrazo con Él, con Jesucristo, el aguijón que mata a la muerte.

En estos grandes compositores podemos auscultar la lucha -agonía- del corazón humano que se enfrenta ante la muerte, que en cierta manera, se entrelaza en un combate cuerpo a cuerpo con ella.

Muerte y vida: la memoria del amor

Habiendo sido impresionados por el esplendor estético de los textos y melodías de la Misa de *Requiem*, tratemos de expresar, teológicamente, algo de ése esplendor. Es un esplendor que brota de la muerte asumida por el Amor y convertida en puro amor.

El corazón humano es la única creatura, el único de los subsistentes, que experimenta la contrariedad en sí mismo. Por una parte, el desgaste natural que inclina el gravoso ser al descanso, al humus fecundo del cual hemos sido plasmados.

No obstante, una fuerza nos empuja: el anhelo de la vida, la nostalgia de una Vida que no se eclipse, de un Amor sin ocaso. Es la fuerza primigenia del *eros*.

El terror de la muerte estriba en el perder el amor, perder la mirada, la comunión, la vida del amado. Muerte es desgarrar y separación. El Amor busca una unión que sea identificación entre amante y amado. El amor aspira y respira lo eterno: es el “*hoy*” de un éxtasis de pérdida de sí. Un éxtasis -salida de sí mismo- que permite vivir en el gozo del otro. Y es el gozo del otro, el amado, en donde vivo y soy plenamente. La muerte corta despiadadamente estos lazos, este vivir extático de los amantes. ¿Es posible un “*amor eterno*” dentro del devenir de horas e instantes?

“El amor humano participa de la contradicción insoluble de una existencia mortal y, a la vez, espiritual: el amor personal, tal como se juran en los momentos sublimes los que se aman, tiene sentido definitivo que perdura más allá de la muerte; pero un ‘amor eterno’ ‘en el tiempo’ es una contradicción.” (Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe* 59)

La muerte realizaría un éxtasis hacia el vacío de la incomunicación, hacia el vacío del no-amor. Por ello el consuelo del despedirse confiado, una esperanza aún ahogada por la partida sin retorno, la despedida de los amantes: ¡no me olvides! Seguiré viviendo en la memoria de tu amor.

No obstante, este vivir en la memoria del amado, no deja de sumergir al amante en el silencio de la más cruda soledad; en la ruptura de la existencia: la muerte. Y este silencio no es el espacio existencial en donde el “*Decirse*”, en cuanto acto del amor, es un “*Darse*”, siguiendo el lenguaje de Balthasar. “*Darse*” que culmina en el silencio pleno de la comunicación identificante entre los amados.

El ser adquiere su valor cuando se da, pues en la acción del donarse queda patente su *bonitas*; de lo contrario, la bondad del ente no sería un valor para nadie. Sin embargo, para que la noción de bien no caiga en un no querido subjetivismo, debe precisarse que lo que realmente hace al ser bueno no radica en el sujeto que tiende al bien de una cosa o desea este bien, sino que su fundamento se encuentra en el mismo ser al que se tiende. La comunicación del ser es lo que otorga valor al ente, de tal manera que dándose, adquiere valor para sí mismo. Así como no puede haber ser sin bondad –puesto que, en tanto trascendental, es propio de todo ente-, asimismo, y por idéntico motivo, tampoco hay ser sin donación.

... Se comprende entonces que toda la dinámica del ser en su desocultamiento tiene por origen el amor. El amor es el motivo por el que todas las cosas se muestran y se dan. Por este motivo, el amor es –si resulta posible decirlo de esta forma-, la vida del ser, ya que todo ente se constituye como tal en cuanto movimiento originario del bien. (Caronello 99)

En el drama de la muerte, el silencio, no es plenitud ni reposo en el “*Darse*” de los amantes, sino “*ruptura*” del ser y de la comunicación.

Pasividad muerta; mientras que el amor, aún en la cúspide de su silencio, es elocuente y musical dinamismo. Balthasar nos dirá, en *Misterio Pascual* -remitiéndonos al silencio del Amante- que Jesucristo, en su estar muerto, es la Palabra muerta que se “*ha dicho*” plenamente, y sólo de este modo puede vivir su descenso solidario al mundo

de los muertos, en la plena incomunicación. Es la pura pasividad de su estar muerto. Es la ruptura de todo amor. La Palabra -que vive desde el Padre- “*hoy*” está muerta. La Palabra que espira amor ya no puede “*darse desde sí*”. Sólo vivirse en su “*haberse dicho y dado*” hasta la muerte, con toda la soledad incomunicada y cerrada, que implica este Amor donado. Citamos, *in extenso*, el texto:

Ese silencio es propio del estar muerto: no sólo en lo tocante a la tristeza de los que quedan atrás, sino aún más en lo relativo al saber sobre la permanencia y el estado de muerto...estar muerto no es un acontecimiento parcial, sino que afecta como un todo –aun cuando este principio no considere extinguido al sujeto-, y que este estado significa principalmente dejar atrás toda actividad espontánea, y por tanto implica pasividad, estado en el cual quizás se saca misteriosamente la suma de la actividad vital ya concluida. (129)

O admirabile commercium

“*Recordare*” suplica el alma, en la secuencia de la Misa de *Requiem*, al Amado Jesús, tantas veces traicionado. “*Memoria aeterna erit Justus*”. (*Liber usualis 1808*) cantará el *Tractus* del *Requiem*. Memoria, volver a pasar la existencia del otro por el corazón, sólo así el amante se entrega al abismo. La promesa de vivir en el amor fiel del amado le conforta en el dejarse llevar por la corriente implacable del no-ser. Pero, este vivir en la memoria: ¿es la vida plena del amante que se sumerge en las sombras de la incomunicación? ¿No es precisamente la vida -amor es plenitud de vida- la máxima comunicación? El máximo y “*admirabile commercium*”² entre los amantes. Vida y amor es intercambio; asumiendo al otro, dejándole ser en el amor, y transformándose ambos por este intercambio admirable:

“La *analogía entis*, desarrollada en el plano existencial y místico a la luz de la cristología, descubre horizontes antropológicos insospechados. Ella permite pensar en términos de *connubium*, el maravilloso acuerdo entre Dios y el hombre, es decir la respuesta ascendente del hombre al Amor descendente de Dios.” (Oullet167)

Pero, cabe preguntarse, una vida reducida en la memoria amante: ¿no sería tristemente desesperada? ¿Sería propiamente *mi* vida? O ¿*nuestra* vida en cuanto que se ha celebrado el admirable intercambio -como alianza inefable- entre los amantes? ¿Puedo vivir pasivamente en un recuerdo, sin amar?

La muerte es temida porque, desde la sola mirada natural, destruye el éxtasis del amor. Ya no hay un acto mutuo de darse. Sólo el pasivo recuerdo de lo que acaeció; el gozo que dejó grabado el éxtasis de la muerte vivificante, muerte en cuanto salida de sí mismo. Muerte de todo egoísmo. El éxtasis vivificante de la muerte de amor, en cuanto entrega de la vida, es devorado por la muerte oscura, la que diluye el ser, desgarrar la presencia, quiebra el amor: *Ad te omnis caro veniet*. “*A Ti se encamina toda carne. ¡oh muerte!*” cantará suplicante el Introito del *Requiem*. (*Liber usualis 1807*) Cristo quiso solidarizarse plenamente con este amor quebrado por la muerte:

“Lo mismo que en la tierra fue solidario con los vivos, en la tumba es solidario con los muertos, por lo cual se debe dejar a esta “solidaridad” su amplitud y hasta su

carácter problemático, lo que parece excluir precisamente una comunicación subjetiva. Cada uno yace en su tumba. Y Jesús se solidariza, por de pronto, con ese estado que se descubre desde el cuerpo separado.” (Balthasar, *Misterio Pascual, Teología de los tres días* 129-130)

Jesús no sólo se solidariza con nuestro “*morir*”, con la pasividad del “*estar muerto*” sino que, junto a la tumba de su amigo Lázaro, se solidariza con la conmovida rebeldía de nuestro ser ante la muerte. Jesús gime, se estremece...llora la muerte. (Jn 11, 33-36)

¿Si la muerte fuera “*natural*” por qué entonces ésa rebeldía, ésa lucha por “*permanecer*” en la subsistencia? ¿Si la muerte fuera “*natural*” de dónde esos pequeños destellos en los cuales el corazón humano se descubre con una vocación a lo Eterno? ¿Si la muerte fuera “*natural*” dónde encontrar el sentido al amor, a la donación de sí, a la justicia, y cuánto más al sufrimiento, al consumirse a sí mismo por el bien de los demás?

Esa rebelión ante el aguijón de la muerte es dramatizado por el grito de horror que reproducen algunas composiciones de *Requiem* -por ejemplo el *Lacrimosa* de Preisner- ante el misterio del ocaso de la existencia.

El horror y el miedo que engendra la muerte -en la amplia gama de sentidos que podemos encontrar en esta palabra: física, espiritual, eterna- es un signo de que al principio no era así. Como sujetos espirituales hemos sido creados por el Dios de los Vivientes. El Dios que es Vida en sí mismo y que todo lo hizo para que viviera en su presencia. Como lo expresa el libro de la Sabiduría. (1, 13-15; 2, 23-24)

La muerte no brota de la voluntad originaria de Dios sino que es una consecuencia, la más triste realidad, de haber roto la Comunión con Dios Amor. Es ésa comunión con el Amor lo que le posibilita ser sí mismo al hombre, ser para siempre en el Amor. Muerte e Incomunicación van juntas. Podríamos decir que lo terrorífico de la muerte es precisamente -no tanto el dolor físico- sino la conciencia progresiva de que la incomunicación, la soledad, la ausencia de todo, el vacío, se van extendiendo como una mancha de aceite en la propia existencia y la van asfixiando.

El *eros*² de Cristo, cantado en la secuencia de difuntos, llega al extremo de querer hacerse solidario con nuestra incomunicación y ruptura del estar muertos:

“*Quaerens me sedisti lassus...recordare, Iesu pie, quod sum causae tuae viae*”
(*Liber usualis* 1811)

El *eros* loco del Hijo de Dios, perfecto como *agape*, pero sediento de mi correspondencia. *Eros* loco cantado por tantos místicos e incluso predicado a la naturaleza de la Trinidad, como lo hace Nicolás Cabasilas en su célebre obra místico-sacramental “*La vida en Cristo*”.

En la secuencia de difuntos, el alma amada, le pide al Amado que recuerde sus caminos *locos* realizados por ella. ¡Recuerda, Jesús, tu caminar hasta el infierno por buscarme, por esperarme sediento, sentado en el abismo del *sheol*...muriendo con el Corazón reseco³ por la incomunicación del amor!

El tengo sed es propio de Juan: la fuente viva para la vida eterna, que ofrece a todos para beber de sí (Jn 4, 10.13ss; 7, 37), está a punto de morir de sed por todo el líquido que ha ofrecido y perdido. La conclusión terrena designada por Jn como *cumplimiento* alcanzado, es la donación de cuánto más íntimo le queda ya al Hijo y de cuanto más vivamente importa esta eucaristía de la cruz: el don, por una parte, del espíritu y, por otra, del corazón abierto que ha vertido toda la sangre. ... El espacio del corazón está abierto, vacío, accesible a todos. La *kénosis* se ha cumplido en este vaciamiento. (Balthasar, *Gloria 7, Nuevo Testamento* 186)

La muerte va separando de todo y de todos. Es como ser tragado por la Incomunicación misma. Y en esta incomunicación experimentamos la pequeña gota de veneno serpentino que todos llevamos por el pecado. El pecado en sí mismo es soledad, incomunicación y muerte.

Nos sigue diciendo Balthasar en Misterio Pascual:

“Cristo quiso asemejarse a nosotros, habitando en medio de las sombras de la muerte, allí donde las almas estaban aprisionadas con cadenas inevitables. Entre los muertos, en el *sheol*, no hay comunicación viva. En esta cosa solidaridad significa ‘estar sólo con’.” (143)

La persona humana quiere, en el momento de cruzar ese oscuro abismo, ser arropada por la humanidad, la ternura, la comunión de una mano y de una palabra. Una palabra que pueda susurrarle abriendo la esperanza: “*Al paraíso te lleven los ángeles, que a tu llegada te reciban los mártires*”.

Asumir en el amor la muerte: el don de la propia vida

Jesús se deja “*devorar*” por el abismo oscuro de la muerte, en su descenso a la pasividad del *sheol*, a los infiernos, en donde la existencia es sombra e incomunicación; por tanto, imposibilidad del activo y vivificante amor. En esa muerte en soledad, por su “*Darse*” hasta el extremo de su obediente Amor, Jesús, construye un diamantino puente, un camino de luz, desde lo profundo del abismo muerto hasta el Corazón amante de la Vivificante Trinidad. Construye este camino en su misma Persona, su misma Persona es la Comunión en la soledad de toda muerte, pero previamente sufre, de una manera única y vicaria, la crudeza del “*ser abandonado*” en la muerte.

“*Ser abandonado*” por el Padre es “*ser dado*” en amor hasta los extremos más oscuros del infierno: el abismo, por este amor donado y abandonado, se convertirá en camino radiante al Paraíso (Lc 23, 43), al descanso activo –*requiem*– y a la Luz Eterna que es Amor:

“Únicamente el movimiento llevado por Dios a las aguas estancadas del *sheol* hace surgir ‘en el más allá’ algo así como un ‘camino’, un acceso y un tránsito.” (Balthasar, *Escatología* 337)

Volvamos a las composiciones del *Requiem*: en ellas nos encontramos, en primer lugar, como referíamos, con una rebelión de la creatura ante la muerte. Una

rebelión no en el sentido de un soberbio pedir razones sino una rebelión como profundo acto de fe en el Dios que hizo todo para la vida, que no se complace en la muerte de sus hijos: “Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes”³

En esta rebelión contra la muerte, contra el pecado y el mal, el mismo Hijo de Dios ha querido involucrarse. Llorando ante la tumba de su amigo, lloró la incomprendibilidad de toda muerte. En Getsemaní quiso participar y bajar a los abismos más hondos de la tristeza y el temblor ante la muerte, esa muerte que su naturaleza humana perfecta e íntegra rechazaba con todos sus poros.

No hay composición del *Requiem* que pueda expresar adecuadamente ése temblor del Hijo de Dios al asumir libremente todas nuestras muertes en Getsemaní.

En la Cruz quiso sumergirse, siendo el Hijo Amado, que es uno con el Padre, en la desolación más sola y abandonada. El agujón de la muerte va inoculando lentamente su incomunicación en Jesús. Él ha querido en la cruz solidarizarse con toda soledad para que los abismos de la incomunicación de la muerte nunca más estén sin la Presencia del Amor, de Aquél que se ha abajado hasta la última desolación.

La estancia del Redentor con los muertos, o mejor dicho, con esa muerte que convierte a los muertos en muertos de verdad, es la consecuencia última de la tarea de redención que le encomendó el Padre...El Hijo debe “examinar” en el ámbito de la creación lo imperfecto, lo informe y lo caótico, para hacerlo suyo como Redentor...

Esta visión del caos por parte del Hombre Dios se convirtió para nosotros en la condición de nuestra visión de la Divinidad. Su sondeo de la profundidad última convirtió en camino lo que era prisión. (Balthasar, *Misterio Pascual, Teología de los tres días* 151)

Las composiciones del *Requiem* no sólo expresan esta lucha contra la muerte y en la muerte, sino que, llegados a un clímax, descienden en la conciencia de que la lucha contra la muerte se reduce a la súplica, a la esperanza, a la entrega del propio combate, de la incomprendibilidad de la muerte, del sufrimiento, del corazón vacío de méritos y lleno de miseria. Súplica y entrega: el conmovedor *Pie Iesu* de Fauré. El *Agnus Dei* del *Requiem* de Mozart, respira esta unción tierna y confiada. Al final, se descubre que se vence a la muerte tan sólo en la nueva apertura a la comunión.

La súplica se transforma, pensemos en las tiernas invocaciones de la Secuencia de los difuntos, en un humilde atreverse a presentarse ante el Rey de tremenda majestad, como el ladrón arrepentido (Lc 23, 42) del Calvario, para pedirle sólo un “*Recordare*”. ¡Jesús, acuérdate de mí, cuando vengas en tu Reino! Es la entrega del propio abismo en el Corazón abierto del Buen Pastor que se ha cansado en mi búsqueda y que toma bajo su cuidado mi fin: “*Gere cura mei finis*”⁴

El contacto con Jesús vence toda soledad de muerte. Todas las barreras de la incomunicación, cuyo abismo más irredimible es la muerte. Recordándole su Cruz, su entrega a la muerte para destruir la nuestra. No hay súplica de mayor esperanza que estas palabras del *Dies Irae*: “*Recordare Iesu Pie quod suum causae tuae viae, ne me*

perdas...” (*Liber usualis* 1811) ¡Acuérdate Jesús Misericordioso que yo soy la causa de todos tus caminos, no me pierdas, no me pierdas Buen Pastor!

Las composiciones de las Misas de *Requiem* culminan en este sereno abandono de la incomprendibilidad de la muerte en Aquel que Es. La creatura realiza ese salto en la fe y se arroja en la esperanza. Lo espera todo de la Bondad de su Creador. Vive recibiendo el ser de su Bondad y espera recibirse nuevamente en el don de la Resurrección. Don que pasa por el “Darse” del Hijo de Dios, en amor hasta el extremo.

El *Requiem* comenzaba en el introito proclamando “*ad Te omnis caro veniet*” (Salmo 64), todo mortal acude a Ti, desemboca en Ti, Señor de la vida; Juez justo y misericordioso. La muerte se contemplaba como un inexorable ser llevado por la corriente del ser que retorna⁵ al que lo dio. Ahora esta corriente inexorable, en contacto con Jesús, Resurrección y Vida⁶, se transforma en una donación libre y amante de la vida. Lo implacable, la rebelión del ser, se convierte en un hacerse don, un donar la vida, junto con el Crucificado:

“*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*”⁷

Nuevamente la expresión confiada y amante de la secuencia:

“*Toma bajo tu cuidado, dentro de tu Corazón, mi fin*” “*Te entrego mi fin*”⁸

La muerte, en la creatura, será el más precioso acto de amor.

La muerte en el Corazón del Amor Trinitario

El sereno abandono, en el cual culminan la mayoría de las composiciones de *Requiem*, expresa lo que Balthasar señala acerca del vestigio que encuentra la muerte en el seno de la Trinidad. Vestigio como acto de vida, por tanto, como donación de amor. La muerte puede ser superada porque en la Trinidad existe una muerte en cuanto “*entrega de la vida*”. Cuando esta entrega de amor puede resplandecer en la muerte humana, redimida por el Hijo, la muerte es amor, es dicha, es comunión plena con el Amado.

La encarnación, con su culminación en la cruz, permite superar la muerte como muerte, esto es, como distancia absoluta al Creador, como disgregación de lo que, en principio, era unidad de comunión y amor⁹.

En la Cruz y el abandono, en el lugar de la no relación, Jesús permanece sin embargo en relación, y desde la noche del abandono, llama al Padre en su oración (¡el grito de abandono es oración!) y perdona a sus verdugos, en la obediencia desnuda que ya no comprende. Esta representación inclusiva de Cristo conlleva una representación tan real que Cristo muere mi muerte pecadora para que yo, más allá de mi mismo, alcance en ese momento la vida del amor de Dios. (Espezel 94)

Es superada cuando el Hijo puede vivir libremente, desde su primer instante en el seno virginal, su muerte de amor, su entrega absoluta de sí al Padre, en la inclusión de nuestra carne de pecado y nuestra muerte.

El Hijo vive entregando la vida al Padre, es pura referibilidad, un puro “*pro Te*”. El ser del Hijo es este Amor engendrado y responsivo hacia el Padre. Esta muerte de amor eterna -*in sinu Trinitatis*- se refleja, en la economía de la salvación, en un puro “*pro nobis*”, en su muerte de amor por nosotros:

En Dios no se puede hablar de una muerte como final, pues su vida eterna es ilimitada. Pero cuando bajo el término muerte se entiende la entrega de la vida, entonces esa entrega tiene en Dios su arquetipo. Porque el Padre entrega su vida entera al Hijo; este la devuelve al Padre, y el Espíritu es la vida derramada, entregada.

En la noche de la cruz entre Padre e Hijo, Cristo, Dios mismo, gustaron, experimentaron la ‘entrega’ en la figura de la muerte pecadora y recibieron así la muerte humana en la vida eterna. (Balthasar, *Teodramática V* 429)

Conclusión

El drama litúrgico de amor que es la Misa de *Requiem* culmina con la *valeditio*, una despedida, un hasta pronto que la Madre Iglesia dirige al hijo difunto. La *valeditio* es una despedida gozosa, una entrega gozosa. Comienza con la antífona “*In Paradisum*” y culmina con el *Magnificat* o el *Benedictus*. Es una despedida que se abre en camino. La muerte, litúrgica y teológicamente, ha sido redimida en Cristo como un camino, una verdadera Pascua al Corazón del Padre. Pascua por medio del Buen Pastor que está con nosotros, dentro de la ya superada soledad de la muerte. En Cristo y por Cristo nos entregamos al abrazo del Padre que es la muerte: esencialmente transformada para aquellos que están injertados (Rm 6, 5) por el bautismo en la muerte de amor del Hijo.

Por ello volvemos al tema inicial: la muerte como acto de amor. Esto se expresa bellamente en el final de *Historia de una misión*, cuando Balthasar habla de la muerte de amor de Teresa del Niño Jesús, luego de haber gustado con creces las más hondas noches del infierno. La muerte como amor es también gozo, dicha...así culmina el *Requiem*.

“Pero, en definitiva: la muerte fue su dicha, como es la dicha de todos los mortales porque ella les regala lo que ellos mismos no se pueden dar: entregarse”. (371)

Fr Marco Antonio Foschiatti op

Bibliografía

Repertorios bibliográficos:

A Solesmensibus monachis, *Liber usualis: Missae et officii pro dominicis et festis cum cantu gregoriano*, Tournai (Belg.), Desclée, 1961. Impreso.

Balthasar, Hans Urs von, *Ensayos teológicos: I Verbum caro*, Madrid, Cristiandad, 1964. Impreso.

---*Gloria 7: Nuevo Testamento*, Madrid, Encuentro, 1998. Impreso.

---*Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca, Sígueme, 1971. Impreso.

---*Teodramática 4: La acción*, Madrid, Encuentro, 1995. Impreso.

---*Teodramática 5: El último acto*, Madrid, Encuentro, 1997. Impreso.

--- *Teología de los tres días: El Misterio Pascual*, Madrid, Encuentro, 2000. Impreso.

---*Teresa de Lisieux: Historia de una misión*, Barcelona, Herder, 1998. Impreso.

Ratzinger, Joseph, *Escatología*, Barcelona, Herder, 1980. Impreso.

Artículos monográficos:

Espezel, Alberto, “Encarnación e inclusión en Cristo”. *Communio* (Arg). Jn 2003: 91-98. Impreso.

Ouellet, Marc, “El mensaje de la teología de Balthasar a la teología moderna”. *Proyecto*. My-Ag 1998: 159-186. Impreso.

Tesis:

Caronello, Pablo, “Dios y la belleza Un estudio sobre las fuentes del documento *Via pulchritudinis*”, Tesis. Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, 2013.

Notas:

¹ La célebre antífona de las Vísperas de la octava de la Natividad del Señor: “¡Oh admirable intercambio! El Creador del género humano, asumiendo un cuerpo animado, nace de una Virgen, y sin dejar de ser lo que era asume lo que no era: de esta manera nos hace participar generosamente de su divinidad” cf *Liber usualis* 442.

² “*Quaerens me sedisti lassus*” La poética litúrgica y los textos escriturísticos de la Misa de Requiem están tomados de la edición citada del *Liber usualis*, editado por los Monjes de la abadía de Solesmes. “Cansado, en mi búsqueda, te sentaste junto al brocal del pozo”. La secuencia hace referencia a la sed de Jesús junto al pozo de Jacob, pidiéndole de beber a la samaritana; a quién como Buen Pastor busca y encuentra. Jesús tiene sed de la fe amante de esa mujer. Finalmente, en Juan, Jesús morirá de sed, siendo Él mismo, la Fuente inagotable de la Vida, el dador del Agua viva. Cfr Jn 4, 5-7; Jn 7, 37-38; Jn 19, 28; Jn 19, 34.

³ Sabiduría 1, 13.

⁴ “Toma bajo tu cuidado, oh Redentor, mi fin” (Secuencia *Dies irae*)

⁵ “Acuérdate de tu Creador... cuando vuelva el polvo a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios que es quién lo dio” Qo 12, 1.7.

⁶ La Misa de *Requiem* comprende también el canto solemne del Evangelio; el Evangelio -que forma una armonía con todos los textos de la Misa- es el diálogo de Jesús y Marta, en el espacio de la muerte de su hermano Lázaro. Allí Jesús se autorrevela como “*Resurrección y Vida*”. La Misa de *Requiem* está grávida de esta Buena Noticia. La unión con Cristo, en la fe amante, es Resurrección y Vida. cf Jn 11, 25.

⁷ Salmo 30. Jesús hace suyo este salmo en su entrega al Padre en la cruz en la Pasión según San Lucas, cf Lc 23, 46.

⁸ Gere cura mei finis. (secuencia de los difuntos *Dies irae*)